

Un veredicto de esperanza

Comentario a *¿Puede frustrarse la esperanza?* Lección inaugural de Ernst Bloch. Universidad de Tubinga, noviembre de 1961

JOSÉ MANUEL MARISCAL CIFUENTES



¿Qué sería la vida sin esperanza? Una chispa que salta del carbón y se extingue, o como cuando se escucha en la estación desapacible una ráfaga de viento que silba un instante y luego se calma, ¿eso seríamos nosotros?

HÖLDERLIN, *Hiperión* (I, 1)

La sociedad es, pues, la plena unidad esencial del hombre con la naturaleza, la verdadera resurrección de la naturaleza, el naturalismo realizado del hombre y el realizado humanismo de la naturaleza.

K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos*, de 1844

Esta noche tiene todavía algo que decir.

E. BLOCH, *El principio esperanza* (I, 14)

A Julio Anguita, adalid de la esperanza

Apoya la pipa sobre el corazón. El pulgar y el índice hacen pinza sobre la cazoleta. Parece relajado. Traje oscuro, camisa blanca, corbata, chaleco, abrochados los botones de la chaqueta. Parece un tipo elegante, los estudiantes le hacen corro y también fuman, cigarrillos. La única tensión de su postura, apenas perceptible, es la propia del mantenerse erguido. Su enorme cabellera, ahora cana y sedosa, peinada hacia atrás. Escucha cerrando los labios sobre la cánu-

la. Tiene setenta y seis años y acaba de consumir la «traición». Se ha quedado a este lado del muro: «Philosofes Defeats».¹

Ha impartido con solemnidad la lección inaugural de su nueva etapa como docente. Está en Tubinga, donde estuvieron, justo donde estuvieron y se desplegaron, unospreciados espectros: Hölderlin, Schelling, Hegel. Lo hace con lenguaje propio, tallado con la constancia de un orfebre a lo largo de toda su obra, tensando las palabras, haciendo un homenaje a lo que dictaba el *Programa sistemático más antiguo del idealismo alemán*: «El filósofo tiene que poseer tanta fuerza estética como el poeta».

¿Puede frustrarse la esperanza?, se pregunta. ¿A qué vino esa pregunta? Bloch responde muchos años después: «Inicié aquí una campaña contra el antiutopismo barato, que ya se daba entonces, y que era propio del burgués acomodado, que casi en el frente mismo del proceso del mundo intenta organizarlo todavía en nombre de los hechos».²

Hasta que dicta esta lección, su trayectoria vital ha sido la propia experiencia del éxodo. Nacido en 1885 en Ludwigshafen, ciudad industrial a orillas del Rin —«fea; la desnuda y desconsiderada cara del capitalismo tardío; proletariado hambriento, andrajoso, explotado»—,³ pudo vivir la «época del derrumbamiento»⁴ y casi atravesar el siglo *corto* hasta su muerte en 1977 en Tubinga, ciudad en la que permaneció desde aquel día.

Su vida es itinerancia que camina entre brumas de muerte y decadencia, las que se adhieren a todo el pensamiento de la época y de las que Bloch extrae, sin embargo, una «productiva negatividad». Ante el vacío, y a pesar de la buena amistad que mantuvo con Adorno y Benjamin, se aleja tanto de la desesperanza —de la más contemplativa que comprometida crítica de los frankfurtianos—⁵ como del ser-para-la-muerte de los existencialistas. Es en este sentido que podemos entender que Bloch afirme, en la primera frase de su lección inaugural en Tubinga, que la cuestión es «**especialmente actual**».⁶ No en vano, Daniel Bell había publicado un año antes *El fin de las ideologías*, un po-



—
178

¹ Titular del *New York Times* en referencia a E. Bloch; 21 de septiembre de 1961. archive.nytimes.com

² J. MARCHAND, Entrevista a E. Bloch para la serie de TV francesa «Les archives du 20^e siècle». Publicada en la revista *Anthropos*, n.º 146/147, julio-agosto de 1993.

³ *Ibid.*

⁴ E. BLOCH (2004): *El principio esperanza*, I, 14, p. 134. Ed. de Francisco Serra. Trotta.

⁵ J. A. GIMBERNAT (1983): *Ernst Bloch: Utopía y esperanza*. Cátedra.

⁶ Las citas textuales a la lección «¿Puede frustrarse la esperanza?» se recogen en negrita a lo largo de este comentario.

lémico ensayo que inauguraba una tradición que llegaría hasta el Fukuyama del *fin de la historia*.

Bloch ocupa aquí un espacio a la sombra de Hegel. No solo el lugar físico de la universidad que lo acoge, sino el propiamente filosófico, el que ocupa con gusto en su obra para llegar más allá, para llevar la dialéctica a la herencia de una negatividad utilizable para el traspasar. Como Marx, Bloch pone a Hegel sobre sus pies, pasa por Hegel sin quedarse en él para entender la historia como despliegue hacia un horizonte ético: la filosofía de la praxis.

Las dos grandes guerras del siglo, los momentos de paroxismo del carácter destructivo del hombre bajo el capitalismo, y su imperialismo, los vive Bloch fuera de Alemania. La Gran Guerra en Suiza, donde se exilia tras condenar el belicismo alemán y alejarse críticamente de su hasta entonces admirado Simmel y de la trinchera alemana en la que este «había encontrado el absoluto».⁷ Regresa a Alemania y allí pasa los «dorados» años veinte, hasta que huye de las llamas de las que son pasto sus libros. El 10 de mayo de 1933, la «acción contra el espíritu antialemán» congregó en la berlinesa plaza de la Ópera a setenta mil personas, encabezadas por los estudiantes nacionalsocialistas, en torno a una pira en la que ardieron, junto a sus libros, los de tantos otros en los que Bloch había encontrado inspiración —Rosa Luxemburgo, Marx—; con los que había dialogado —Freud—; o con cuyos autores había trabado amistad —Brecht, Benjamin, Lukács.

Bloch desenmascaró la manipulación fascista de la utopía, y tampoco en este texto perdió la oportunidad de hacerlo: «**El gigantesco engaño del imperio de los mil años, la más terrible etapa en la historia del gran derroche de credulidad**», dice en referencia al famoso discurso de Hitler ante el Reichstag de abril del 39, en el que respondía ofendido a un telegrama de Roosevelt apenas un mes después de la invasión alemana de Bohemia y Moravia. Así como tampoco dejó de referirse, una vez más, a la falsa, más que doble, moral pequeñoburguesa que había aupado al nazismo en arcaicos sueños nocturnos aromados «**con el olor a orina de sus mesillas de noche**».

Sin embargo, la expectación que su primera lección en Tubinga podría despertar no estaba tanto a la sombra de Hegel como a la sombra del muro. «Philosopher Defeats». Con todo, Bloch no deja de revindicar a Marx, mencionando en consciente cita de autoridad su *Introducción a la Crítica de la Filosofía del derecho de Hegel*, haciendo de la subversión un inconfundible veredicto de esperanza.

Tras una estancia de once años en Estados Unidos, regresa en 1949 a la flamante República Democrática Alemana con una cátedra de Filosofía en Leipzig. Tiene sesenta y tres años, y es su primer trabajo estable como docente. Du-

⁷ Carta a George Simmel, citado en J. MOLTMANN (1980): *Utopía y Esperanza. Diálogo con E. Bloch*. Sígueme.





rante los años siguientes irá publicando su obra grande, *El principio esperanza*, en tres volúmenes sucesivos; el primero en 1954, cuando comienzan los ataques del marxismo «oficial»; el segundo en 1956, cuando nada menos que el secretario general del SED⁸ publica un duro artículo contra él en el órgano oficial del partido. En abril del 57 se celebra una «Conferencia sobre cuestiones de la filosofía de Bloch», quien «tiene incluso la pretensión de ser marxista»,⁹ abriendo un proceso que termina en condena a la jubilación forzosa. Aunque se cita como motivo su denuncia de la represión del levantamiento húngaro, es bien cierto que lo que Bloch critica sobre todo es una concepción determinista de la historia en la que el comunismo también llegaría «**el próximo martes a las 11:25 a la estación central de Illinois**». Su apelación a Marx, pasando por Hegel, no solo es una reafirmación en el marxismo, sino que viene a denunciar el determinismo de una sucesión necesaria de hechos «científicos» hasta la victoria final, una concepción falsa de la dialéctica en la que se cierran las fronteras de la historia y la capacidad transformadora del sujeto y se llama, en definitiva, a que esperemos pacientemente y con los brazos cruzados a que el cadáver del capitalismo pase por delante de nuestra puerta. Pero en esta lección, y puede que sobre todo entonces, Bloch llama la atención sobre el otro extremo del determinismo, el de la pasividad y la derrota colectiva e íntima que pretende reconciliar al sujeto con lo dado, el del convencimiento asumido de que no hay nada que hacer, el «no hay alternativa» que Margaret Thatcher convirtió en eslogan apenas años después del fallecimiento de Bloch. Dejad de soñar despiertos, nos comenzaron a decir entonces, mirad lo que pasa con vuestras utopías, es inútil todo esfuerzo, mejor será que dediquéis toda vigilia a preocuparos por vuestro propio interés. Sed imaginativos, audaces, pero para vosotros mismos, no tenéis nada que imaginar *juntos*.

Bloch intuye lo que viene, y va directo a la raíz. La esperanza puede ser frustrada, nos dicen. Claro que puede, por su honor, añade. Pero... un momento. ¿De qué hablamos cuando hablamos de esperanza? ¿De la esperanza de baja estofa? Los castillos en el aire son baratos. Esa esperanza sin mediación no merece ni siquiera llamarse esperanza. Pero si así queréis llamarla, hace falta ponerle nombre a la esperanza fundada, a la que se pregunta por el afuera, a la que no se extingue. ¿Que si es frustrable? Claro, «**de lo contrario no sería esperanza**». Por eso es *docta spes*, sabedora de su «**específica frustrabilidad**», de la «**creadora negatividad**», tan diferente de la confianza absoluta, tan subjetiva como peligrosa, y de la contemplación abstracta, tan objetiva como inútil. En el determinismo, ya sea este enarbolado por el liberalismo burgués o por la

⁸ Sozialistische Einheitspartei Deutschlands ('Partido Socialista Unificado de Alemania').

⁹ Citado en J. J. TAMAYO (2015): *Religión, razón y esperanza: El pensamiento de Ernst Bloch*. Diáspora.

revolución proletaria, se llame *tina*¹⁰ o *diamat*,¹¹ no hay lugar para la ética. La frustración de las expectativas forma parte del *pathos*. Quien solo contempla el pasado no sabe lo que es la incertidumbre.

El concepto de utopía, tal y como fue entendido por Bloch, es decisivo para la interpretación del texto que aquí comentamos. Con Bloch adquiere una dimensión antropológica que no trata ni se refiere tan solo al fruto de la imaginación de sistemas sociales y políticos, por muy críticos con la realidad que estos hayan sido, explícita o implícitamente. A ello dedica su «enciclopedia de las utopías», *El principio esperanza*, publicada en Alemania Occidental apenas un par de años antes de dictar esta lección.

Bloch nombra la utopía en varios pasajes del texto, siempre referido a la utopía concreta, término que utilizó para distinguirla de la utopía abstracta. Esta distinción tiene su correlato en la distinción de la *docta spes* y en el binomio sueños diurnos y nocturnos. Estos últimos, en diálogo con Freud, reconoce Bloch que median con la realidad a través de experiencias pasadas, de modo distinto al sueño alerta que, apoyándose sobre el presente o la propia experiencia, puede proyectar un futuro posible o, al menos, intuirlo, como palpando el camino a tientas. La diferencia está en preguntarse o no por el afuera, ya que un soñar que no se pregunta por el afuera fracasa, «y además no importa».

Esta reformulación de la utopía la mantiene a salvo de las connotaciones peyorativas que el término ha tenido y tiene, no solo por parte de los detentadores del poder en cada época, sino también por parte de aquellos que cosificaron la distinción engelsiana entre socialismo utópico y científico. El marxismo del bávaro consiste en una peculiar secularización de la escatología cuyo temprano exponente es el último capítulo de su obra *El espíritu de la utopía* titulado «Karl Marx, la muerte y el apocalipsis». Pero es en *El principio esperanza* donde se actualiza la dimensión antropológica de la utopía, «que está siempre en trance de realización, en constante omnipresente en todas las culturas y que adquiere múltiples variantes y determinaciones».¹² Los conceptos *latencia* y *tendencia*, que aparecen en el texto, son indisolubles de su concepción del pensamiento marxiano como conciencia anticipadora de lo todavía-no-llegado-a-ser, frente a las teorías del conocimiento hasta el momento limitadas por la anamnesis. Para conocer hay que conocer la latencia de lo que en la tendencia se oculta.

La eticidad de la propuesta es evidente, pues el conocimiento de la tendencia debe llevar al compromiso subjetivo del desentrañamiento de la histo-

¹⁰ Acrónimo de la expresión thacheriana «There is no alternative».

¹¹ Acrónimo del materialismo dialéctico «ofical», popularizado en la época de Stalin en la Unión Soviética.

¹² F. SERRA, *Utopía e ideología en Bloch*. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/utopia.html>



ria abierta hacia el futuro, en un proceso que encuentra «en la esperanza y en el presentimiento objetivo de lo que todavía-no-ha-llegado-a-ser, el sentido de lo que todavía-no-ha-llegado-a-ser-lo-que-debiera».¹³

El sujeto de la función utópica de la esperanza, que existe, es el factor subjetivo al que Bloch concede una importancia sustancial, y que ha sido relegado por las corrientes *frías* del marxismo pero que es, junto al análisis certero de la realidad, el que en verdad «provoca la movilización de las contradicciones que se dan en lo que *no debiera ser*, a fin de socavar y derribar esto último».¹⁴ La *docta spes*, a diferencia de la mera ensoñación —que se puede conjugar en romántico singular o en plural totalitario—, solo acepta el plural revolucionario de la imaginación. Al igual que una libertad que, o se conjuga en plural o se convierte en la costra de la dominación.

La esperanza es frustrable en primer lugar, dice Bloch, desde la «**necesaria mediación con la marcha de las cosas**» que, sin embargo, «**no pacta con el mundo existente**». Al contrario, la esperanza es frustrable precisamente porque se inserta en el desarrollo material, está abierta, con este, hacia delante, hacia el *novum*, que no consiste en la repetición de experiencias pasadas, sino en lo específicamente nuevo que surge de lo modificable de la realidad. Y en segundo lugar la esperanza es frustrable porque no se trata solo de un afecto, que tendría en el temor su reverso, sino de un principio, del *arché* que Bloch encuentra en el todavía-no y cuyo correlato sería el recuerdo. El mundo, la materia como experimento, se despliega abriéndose a la novedad, es el laboratorio de una salvación posible. Como en la cábala judía, Dios dejó al hombre la tarea de completar el mundo,¹⁵ de caminar hacia el *totum*, la utopía más concreta, el estado último donde sujeto y objeto coinciden.

El mundo, al mantenerse abierto a la novedad, al *novum*, se abre a lo imprevisto: «**Quien no espera lo inesperado, jamás lo encontrará**», dice Bloch citando a Heráclito. Un concepto, el de *novum*, que araña en la entraña misma de la tradición judeocristiana, en el sentido de que a lo que se aspira no es a un regreso al primigenio paraíso natural, sino a una mirada y un movimiento hacia una nueva tierra. Una tradición en la que Bloch ahondó, como Walter Benjamin, para criticar las ideas de progreso y evolución propias de la tradición ilustrada.¹⁶ Para Bloch, el progreso es entendido solo, y nada menos, que como el avance de la conciencia de libertad.

¹³ E. BLOCH, *op. cit.* (p. 135).

¹⁴ F. SERRA, *op.cit.* (La cursiva es mía).

¹⁵ FRANCISCO J. MARTÍNEZ (1993): «Materialismo y marxismo en Ernst Bloch». *Anthropos*, n.º 146/147, julio-agosto de 1993.

¹⁶ JUAN JOSÉ TAMAYO, *op. cit.*



Pero Bloch no se detiene en la ontología de la posibilidad, sino que propone un horizonte ético-moral, «**tiene que estar presente el *totum* utópico del Adónde [...]. Esto se halla significado en el más antiguo sueño alerta de la humanidad: en la subversión —en lugar de una reinstalación hipócrita— de todas las condiciones en las que el hombre es un ser oprimido, encadenado, abandonado y despreciado**». *Adónde* donde aún no se ha llegado, pero a los que es posible llegar. En este sentido, la utopía concreta sería más brújula que camino. Aún más, para abrirse camino es necesario conocer bien el terreno, la realidad presente, el *topos* en el que el hombre está, y saber cómo ha llegado ahí, su herencia. Anclar al hombre a la realidad supone, por tanto, el saber dónde están las fronteras por las que la materia se va abriendo para traspasarlas. La esencia de la realidad, sin embargo, permanece oculta. De ahí la escatología de su filosofía de la historia, pues solo en el final del proceso, entendido como apocalipsis, logra al fin la realidad coincidir consigo misma,¹⁷ la reconciliación del hombre consigo mismo y con la naturaleza.

El núcleo ético del texto se aloja en la identificación de la esperanza, «**en cuanto imposibilidad de desfallecer, en cuanto a su deber de servir de norma, según el contenido de la meta, que se llama reino de la libertad**», un imperativo moral que Bloch explicita refiriéndose de nuevo a la divulgada expresión marxiana de *El capital*: «*El reino de la libertad* solo comienza allí donde cesa el trabajo determinado por la necesidad y la adecuación a finalidades exteriores; con arreglo a la naturaleza de las cosas, por consiguiente, está más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha».¹⁸

La frustración con medida de una utopía que sea fundada, no «**desmesuradamente**», como acontece con el *wishful thinking*, hace ganar una fuerza explosiva no frustrante a ese mismo poder, a ese querer lo no-ser-todavía. Bloch advierte, sin embargo, que esa fuerza no puede ser percibida desde fuera, «y **mucho menos gestionada**», por sus «**pervertidores o desacertados gestores**», algo que podría servir de advertencia o incluso de explicación al progresismo aristocrático que aspira a representar los intereses de las capas populares, del proletariado o de los pobres sin haber experimentado en sus propias carnes lo que significa querer tres comidas al día y quedarse con suerte en una: «El hambre, como algo sabido, se convierte en una fuerza explosiva contra la prisión de la miseria».¹⁹

Ese excedente utópico, ese *minus* al que se refiere Bloch en su lección, se invierte en la proyección de un horizonte ético, en lo aún no realizado, y for-

¹⁷ JOSÉ A. GIMBERNAT (1993): «La filosofía de la historia de Ernst Bloch». En *Anthropos*, n.º 146/147, julio-agosto de 1993.

¹⁸ K. MARX (1946): *El capital*, III, cap. 48. Fondo de Cultura Económica: México.

¹⁹ E. BLOCH, *op. cit.* (105).



ma parte de, si no es propiamente, la herencia. Una herencia que Bloch percibe de manera intensa en la creación artística de cada época, especialmente en la música como expresión más palmaria de la conciencia utópica. Si las creaciones culturales de cada época expresan, a decir del marxismo tosco, las ideas de la clase dominante, ¿por qué «esta novena sinfonía no se puede ya retirar»? Porque «la verdad de sus esperanzas no se puede ya retirar». La herencia es la valoración y la recuperación del excedente de los procesos que se encuentran en la historia a favor de sociedades más justas. Y esto también en el campo de la moral, pues «esta merece ser heredada en la mejor de sus intenciones [...]. Los sueños de una vida mejor no pueden ser soñados sin moral».²⁰

Bloch llegó a la esperanza desde la utopía, caminando erguido, convirtiendo al mundo en el laboratorio de un experimento. Su entendimiento de la filosofía como filosofía de la praxis contiene una tensión ética que solo puede ser moral si se atreve a mirar la realidad desde el futuro. Al mirar desde ese allí-posible se descubren sus propias condiciones de posibilidad. Asimismo, la pasividad se asienta en la desmemoria de las derrotas, sobre un presente continuo que no tiene ayer ni mañana: ni aquellos días fueron necesarios ni el futuro existe. Se dejaron de heredar derrotas para heredar como mucho un método de supervivencia, un modo de ser nada. *Pero eso es otra historia*, se dice. Pero no, no es otra Historia. ★



²⁰ J. A. GIMBERNAT, *op. cit.*